

ENTRE otros muchos hombres llegaron a México con las tropas de Cortés dos que nos interesan principalmente: Ortiz, "gran tañedor de vihuela", y Maese Pedro "el del arpa". En resumen, dos músicos de cuya influencia en el país no se tienen datos concretos, ya que para ellos cantar era algo que no les dejaba ni provecho ni prestigio y que además no habían venido a la Nueva España para hacer canciones, sino para ganar, en hazañas valerosas, buen dinero que no habían alcanzado en la Madre Patria. Ahora que más bien se destacaron por sus viejos deleitosos oficios, que éstos eran estimados por todos en medio de la multitud de los indios, resulta claro cuando ahora que, en las crónicas de entonces, se les recuerda por la vihuela y el arpa y no por la espada ni por la lanza.

Este Ortiz y ese Maese Pedro, personajes absolutamente históricos, cantaban lo que en aquellos días se cantaba, y eran, como el mismo Cortés, grandes conocedores de los romances de su tiempo. Y con el mismo jefe de los conquistadores indudablemente alguna vez levantaron sus voces ignoradas para recordar los versos que sabían de las regiones de donde ellos eran: de Asturias, de Castilla, de Extremadura, de Andalucía. Así llegó el romance español a México.

Aquí el romance español se encontró con una especie parecida de poesía musicalizada, indígena, nativa, que no se acompañaba con la vihuela y el arpa, desconocidas hasta entonces, pero que sí sonaba al mismo tiempo que los pitos, caracoles y tímpanos de los primitivos mexicanos. Coincidían los romances y los cantares indígenas en una semejanza: que se referían ambos a las grandes figuras épicas, que ambos cantaban glorias, que ambos presentaban ejemplos, más misteriosos los de los mexicanos, pero no menos poéticos; cristianos los de los españoles, pero no menos emocionantes.

Al poco tiempo las dos razas en fusión, los dos grupos sociales, los dos estilos, elaboraron nuevas obras que ya no se referían a los antiguos héroes: ya no eran el Cid ni Bernardo del Carpio los que aparecían como figuras principales, sino los mismos personajes de carne y hueso de la historia de la Nueva España, quienes eran cantados en una especie de romance, sólo que menos lírico, más puramente narrativo, con todo y ser descendiente directo de los "romances de corrido", que cita el musicógrafo español Mitjana, al que también llama "romance corrido".

Y durante cuatro siglos, en México, antes Nueva España, se han cantado "corridos", como se les llama actualmente a esas composiciones, de estilo y origen siempre popular. Se cantan en los mercados, en las fiestas de las poblaciones agrícolas, en las peleas de gallos, en las festividades de los santos; también tienen su lugar, y muy importante, en los cuarteles y destacamentos militares.



¿Qué cantan los "corridos"?

Hay en la actualidad algunos muy buenos trabajos sobre esa materia, en donde se han coleccionado los frutos de la inspiración popular, y sumariamente puede decirse que el "corrido" mexicano se ocupa de aquellos hombres o sucesos que salen del marco de lo común y realizan actos que pueden señalarse como ejemplares, positiva o negativamente. Siempre, o con mucha frecuencia, el "corrido" aspira a señalar una figura que debe imitarse o señala lo mal que lo pasa un personaje que viola las costumbres o normas sociales de una época dada. Por supuesto que, como se trata de casos concretos, es muy difícil intentar una organización ideológica de los "corridos", ya que, más que los principios, en ella se destaca la importancia humana de los personajes.

Además, el "corrido" tiene otra característica muy importante: como se trata de figuras populares, la apreciación que de ellas se hace no coincide siempre con la apreciación oficial ni con la apreciación de los periódicos. Por ejemplo, el "corrido" de Demetrio Jáuregui empieza así:

"Voy a cantar un corrido
y de un temible ladrón:
Demetrio Jáuregui era
hombre de gran corazón."

Otro "corrido" que podría citarse, de hace veinte años, como ejemplo de esos en que se recoge una versión popular no oficial es el de Antonio Salazar, general "cristero". Se cuenta en ese corrido un encuentro entre los "cristeros" y el Gobierno, que no es favorable a éste: la batalla es en un lugar llamado La Arena, en el Estado de Colima:

"El diez y nueve de marzo
subieron tres batallones
de purita infantería.
Les subieron para arriba,
les marcaron contraseña,
y los otros contestaron:
"¡Que vivan los de La Arena!"

Y después de describir en tres estrofas tres días de combate, hacen exclamar a uno de los capitanes contrarios:

"Gritaba Joaquín Amaro
en su caballo retinto:
"¡De ochocientos que tenía
me quedaron treinta y cinco!"

Casi todos los héroes de estos "corridos" son hombres que han perdido la última batalla: ninguno alcanza a fugarse, ninguno se acobarda ante la muerte, ninguno maldice de su destino. Sobre ellos flota una especie de fatalidad, que los envuelve de una aura interpretada en las voces del "corrido" popular. Son las estrofas de esos cantos populares la versión mexicana de los antiguos romances y de los antiguos cantares indígenas, la presencia viva de las culturas que han formado nuestra nacionalidad.